

II JORNADAS DE **ECONOMÍA POLÍTICA**

10 y 11 de noviembre de 2008 - Campus UNGS

Sobre el ciclo económico argentino: de Diamand a Goodwin

Fabián Amico

INSTITUTO DE INDUSTRIA
UNIVERSIDAD NACIONAL DE GENERAL SARMIENTO

jornadaecopol@ungs.edu.ar / www.ungs.edu.ar/ecopol
(54 11) 4469-7552 o 4469-7500 int. 7160

SOBRE EL CICLO ECONÓMICO ARGENTINO: DE DIAMAND A GOODWIN

Fabián Amico

Grupo Luján - Universidad Nacional de Luján

Famico02@yahoo.com.ar

“El análisis económico (...) sugiere la posibilidad de elaborar una receta económica que evite el fenómeno de las fluctuaciones y de la inestabilidad política. Es concebible determinar un conjunto de precios relativos entre salarios, tasa de cambio y precios agropecuarios a industriales, que permitan un crecimiento continuo de empleo y salarios, en los valores máximos compatibles con la restricción de comercio exterior y las necesidades de acumulación de capital. Pero sería soberbia o inocencia del economista pensar que el desconocimiento de estos valores de equilibrio es la causa de la inestabilidad argentina y que su aplicación resuelve el problema. Para ello habría que suponer previamente que las varias clases sociales pueden converger a una propuesta común, ya sea por acuerdo, ya sea por imposición de una sobre las demás. En tanto eso no ocurra, las fluctuaciones económicas habrán de persistir. La inestabilidad es la expresión del conflicto de clases”

(Canitrot, 1975).

1. Introducción

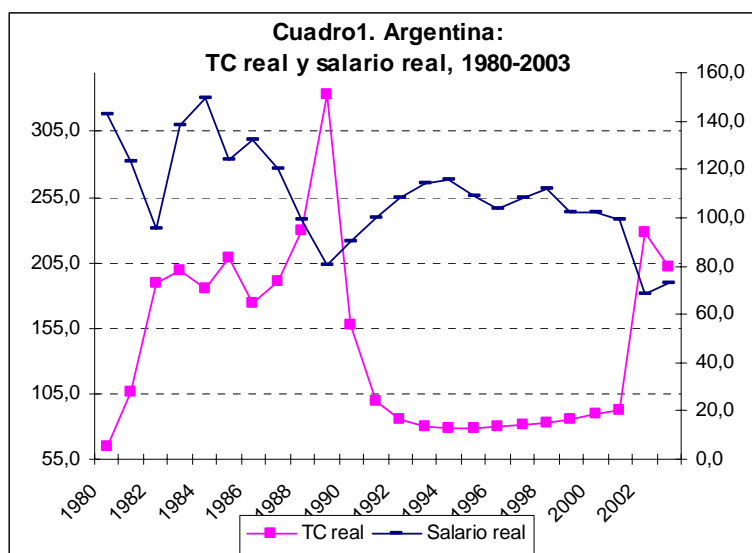
Las características del proceso expansivo abierto en 2002 parecen conducir hacia la repetición de un ciclo ya habitual en la historia argentina. Tal ciclo suponía una alternancia de regímenes de política económica que no lograban estabilizarse al no superar las dos restricciones primordiales al crecimiento: la restricción social (o la escasa inclusión de los regímenes ortodoxos), y la restricción externa o de divisas, típica de los regímenes “nacional-populares” (o populistas), conformando un sendero pendular que signó buena parte de la última mitad del siglo XX. La experiencia reciente sugiere que los ciclos de *stop and go* continúan caracterizando la dinámica económica argentina y con ellos reaparecen los conflictos que le eran inherentes (tensiones distributivas, inflación, etc).

Para el análisis del proceso pendular antes descrito, se adopta un marco analítico general donde el crecimiento de largo plazo es explicado por la tendencia de la demanda efectiva en un contexto de restricción de divisas. En este contexto, la obturación del mecanismo del supermultiplicador (esto es, la articulación de los efectos multiplicadores y aceleradores), proveniente de cómo se resuelve el conflicto distributivo y/o de la severidad de la restricción externa, conduce a la aparición de ciclos económicos. En particular, los regímenes de inclinación “inclusiva-reactivante”, como el que arranca en 2002, parecen describir un sendero goodwiniano donde el lugar del modelo “depredador-presa” es ocupado por el par “empleo-competitividad (tipo de cambio). Esta noción de crecimiento cíclico, ya presente en la vieja idea del “péndulo argentino”, que acuñara Marcelo Diamand, ofrece un terreno más

promisorio para comprender los alcances reales del fenómeno de inflación crónica que afecta a Argentina y para abordar el carácter de las soluciones que se proponen.

2. La recuperación argentina desde 2002

La visión heterodoxa tradicional en Argentina siempre consideró a la devaluación de la moneda doméstica como una medida simplemente contractiva. Los defensores del pleno empleo y de las políticas de demanda no promovían políticas de tipo de cambio alto¹. Diversos autores explicaron el carácter contractivo de las grandes devaluaciones en los países subdesarrollados (Taylor & Krugman, 1978; López Gallardo & Perrotini, 2006; Diamand, 1978; Canitrot, 1975). En tal contexto analítico, la recuperación argentina posterior a la gran devaluación de 2002 constituyó una sorpresa. A los fines de ilustrar el mecanismo de dicha recuperación, puede razonarse en términos de un esquema sencillo de sabor kaleckiano aún cuando, sin embargo, tal esquema haya sido pensado para fines *opuestos* a los del presente *paper*, a saber: para mostrar las implicancias recesivas de la devaluación de la moneda doméstica.² El análisis de Kalecki sobre los efectos de una devaluación de la moneda incluye como rasgo central la relación inversa entre tipo de cambio y salario real, relación que se torna evidente para Argentina (ver cuadro 1).



Fuente: Elaboración propia en base a datos de Frenkel (2003), Indec y Ministerio de Economía. .

Considerando,

¹ Tipo de cambio alto es sinónimo de moneda doméstica depreciada.

² Tal esquema está tomado de López Gallardo & Perrotini, 2006 (pág.227 y sig). Cabe aclarar que, a contramano de lo que pueda parecer a primera vista por el uso que hacemos en este trabajo, se considera que tal modelo tiene eventualmente un alcance y validez muy general, aún como para incluir casos como el de Argentina.

$$P = I + Ck + X \quad (1)$$

Donde P (ganancias), I (inversión), Ck (gasto capitalista) y X (exportaciones menos importaciones). En el corto plazo, cuando el gasto capitalista está dado, el efecto de la devaluación de la moneda doméstica sobre las ganancias dependerá de la elasticidad de exportaciones e importaciones respecto del ajuste del tipo de cambio. Los modelos de sesgo kaleckianos suponen –con fuerte aval en la evidencia empírica– que la respuesta de las exportaciones (y de la sustitución de importaciones) al cambio de precios relativos puede ser lenta e incluso en el corto plazo puede dar por resultado fuertes trastornos del comercio y caída de ganancias. El proceso contractivo, además de afectar las ganancias totales, genera una disminución de la participación relativa de los salarios en el producto. Esta caída profundiza la retracción de la demanda efectiva, puesto que el ingreso es redistribuido en contra de las clases sociales con mayor propensión a consumir y, por ende, la demanda agregada está forzada a caer. Además, tal caída puede ocurrir aún cuando la condición Marshall-Lerner sea satisfecha.

³ Escribiendo otra conocida expresión kaleckiana:

$$Y = \frac{I + Ck + X}{(1 - w)} \quad (2)$$

Esta expresión resume la teoría de Kalecki de la demanda efectiva, haciendo depender el producto total de las ganancias totales⁴ (numerador) y de la participación de las ganancias en el producto (1-w). Según esta expresión, López & Perrotini (2006) argumentan que el numerador *puede* caer si la condición Marshall-Lerner no se satisface, produciendo la caída de X, en tanto el denominador *seguramente* caerá puesto que w muy probablemente disminuya.

³ Una devaluación implica una reducción de los precios de los exportables y por tanto un aumento de su demanda, al tiempo que los precios de las importaciones aumentan y su demanda disminuye. El efecto neto depende de las elasticidades-precios. Si los exportables reaccionan más que proporcionalmente al cambio de precio, y los importables lo hacen del mismo modo, ambas variaciones mejorarán el saldo de la balanza comercial ante una devaluación. En general, los bienes son inelásticos a corto plazo y la condición Marshall-Lerner no se cumple. Por ende, una devaluación solo “equilibra” la balanza comercial mediante un ajuste de cantidades. Formalmente, definiendo la balanza de pagos como: $B = Xp - M$, donde p son los precios internacionales, una devaluación mejorará la balanza de pagos solo si $\frac{\partial B}{\partial p} > 0$, lo que requiere que $/Ex/ + /Em/ > 1$.

⁴ El numerador comprende los gastos autónomos, donde la inversión depende parcialmente de las ganancias y también del grado de utilización. Para una discusión de la inversión en este enfoque, véase Serrano & Freitas, 2007. Los datos de participación de salarios en el ingreso (w) corresponden a estimaciones de la CTA (Central de Trabajadores Argentinos). Los otros datos son del Ministerio de Economía de Argentina. Se asume que el gasto capitalista (Ck) es constante.

Sin embargo, en la ecuación (2) aún hay un rango de valores posibles para X y w (suponiendo que I y C_k permanezcan constantes o sin cambios significativos) tal que el producto aumente aunque el salario real (y por ende la participación de los salarios en el ingreso) disminuya. Basta para eso con que el monto de exportaciones crezca (aún a cantidad constante pero valuadas al nuevo tipo de cambio) de tal modo que las exportaciones netas tengan un aumento notorio. Ciertamente, parecen valores “extremos” para una economía “normal”, pero como se verá fueron valores factibles para la economía argentina en 2002.

Tomando algunos datos rápidos de la economía argentina, solo para ilustrar la ecuación (2), resulta plausible la interpretación de que a pesar del virtual derrumbe de la participación asalariada en el ingreso, las exportaciones netas (asumiendo el gasto capitalista aproximadamente constante) más que compensan esa caída, dando un salto fenomenal en el 2002 y poniendo el telón de fondo para la recuperación de la inversión en el año siguiente.⁵

	I	$X-M$	$1-w$	Y
2001	38.099	3.509	0,66	62.946
2002	37.387	46.926	0,72	117.920
2003	56.903	42.166	0,72	137.406

López & Perrotini (2006) aclaran que el resultado final de la devaluación depende de las circunstancias y de los parámetros estructurales de cada economía (p.235). Asimismo, señalan las consecuencias inflacionarias del alto *pass-through* sobre precios que caracteriza a las devaluaciones en los países subdesarrollados. En Argentina, sin embargo, en 2002 dicho *pass-through* fue muy bajo en relación a las experiencias anteriores, resultado de la escasísima capacidad de resistencia salarial que emergió de la década menemista (con sus cambios institucionales en el mercado de trabajo) y en particular por la fuerte recesión del período 1998-2002.

Sin embargo, esto no necesariamente contradice la visión general del carácter contractivo de la devaluación. Más bien, el caso argentino de 2002 presenta rasgos excepcionales. La contracción que usualmente inducen las grandes devaluaciones *se produjo antes de 2002*, tras cuatro años de profunda recesión (1998-2002), lo que ocasionó un ajuste brutal de las

⁵ Si se incluyera el gasto público las cosas podrían resultar menos contractivas aún. Hay que recordar los 2,2 millones de planes de empleo en 2002 financiados en parte con impuestos a las exportaciones (otra vez, gracias al fuerte aumento de las X) y en parte con deuda externa. Parecería, entonces, que sobre la base del modelo expuesto (aún sin gasto público) se puede explicar el inusual carácter “no-contractivo” de la devaluación argentina en 2002.

importaciones a la baja. La devaluación coronó ese proceso para “liberar” a la política monetaria y cambiaria del *corsé* de la convertibilidad, pero no provocó el ajuste.

Más tarde, aliviada la restricción de divisas, el mecanismo automático del superavit externo (la emisión para adquirir los dólares de las exportaciones) es claramente reactivante⁶. En otras palabras, el alivio de la restricción externa, generado con la contracción, permite en un segundo momento estimular la demanda interna (por ejemplo, a través de la expansión monetaria). No obstante, la recomposición del sector externo (el alivio de divisas) es una condición necesaria pero no suficiente para la expansión del empleo y el producto. El nuevo margen de divisas fija el “techo” a la generación potencial de empleo, pero el nivel *efectivo* de empleo dependerá de los estímulos a la demanda agregada. De hecho, tras el fuerte empuje inicial de las exportaciones, en el 2003 comienza a crecer el consumo privado, aunque de todos modos, considerando el conjunto de la etapa 2002-2007, las exportaciones son el principal rubro de la demanda agregada que explica el crecimiento del PIB. De hecho, Argentina pasa de tener una proporción de exportaciones en el PIB del 11,5% en 2001, al 28,4% en 2002!

En las experiencias anteriores, las pautas distributivas emergentes de la devaluación no lograban estabilizarse porque el mecanismo de ajuste intrínseco se topaba con la presencia de un poderoso movimiento obrero que ejercía una poderosa resistencia salarial. De allí la pesada secuela de “inflación cambiaria” de la que hablaba Diamand (1978): lograr el ajuste externo tenía un costo enorme en términos de inflación y producto, y por tal razón la visión predominante (heterodoxa) de la devaluación siempre fue contractiva. Por caso, el agravamiento paulatino del conflicto distributivo –con su efecto inflacionario vía costos y su alcance corrosivo de la competitividad- reaparece ahora como un fenómeno inherente de las grandes devaluaciones, incluso en la “exitosa” devaluación del 2002, aunque en este caso muestre sus efectos con un “rezago” de varios años.

3. Tipo de cambio y *fundamentals*

Un aspecto central en la discusión sobre la política económica desde 2002 giró en torno al tipo de cambio y el rol de la devaluación. El abordaje de esta problemática en las visiones heterodoxas ha sido confuso cuando no contradictorio. Por ejemplo, en la interpretación marxista (Shaikh, & Antonopoulos, 1998; Shaikh, 1999 y 2003), el tipo de cambio ha sido

⁶ “En un comienzo, las expansiones de la base monetaria provocadas por las intervenciones del Banco Central fueron fácilmente absorbidas por el sector privado, dado el contexto de iliquidez reinante, la rápida recuperación económica y la “atípica” preferencia por la liquidez mostrada tras la crisis” (Frenkel & Rapetti, 2007).

considerado un *mero* precio relativo internacional que se determina por los costos de producción los cuales, a su vez, pueden ser “aproximados” mediante unidades de trabajo verticalmente integradas. Luego, los precios serán “aproximadamente proporcionales” a las cantidades de trabajo.⁷ De este modo, Shaikh sostiene que el tipo de cambio real *seguirá* la senda temporal de los costos laborales unitarios y por ende el manejo cambiario tendrá *poca eficacia*. Distingue dos rutas para incrementar la competitividad de un país:

“La ruta alta (*high road*) que opera mejorando continuamente la productividad. Y la ruta baja (*low road*) que busca deprimir los salarios reales y desviar el peso del ajuste sobre las espaldas de los trabajadores, y que culmina en un callejón sin salida cuando el proceso alcanza sus límites sociales y políticos” (Shaikh & Antonopoulos, 1998).

Shaikh establece que, a diferencia de las teorías neoclásicas, los patrones de comercio internacional tienden a seguir ventajas *absolutas* y no comparativas, puesto que el mecanismo de ajuste automático presupuesto en la teoría neoclásica, y que conduciría al equilibrio externo garantizando la especialización por el canal de las ventajas comparativas, requiere una amplia flexibilidad de los salarios reales, considerando a los salarios como variables *endógenas* dentro de un esquema de equilibrio que conduciría a un óptimo paretiano.

En varias teorías heterodoxas, en cambio, se rescata el principio clásico de que la distribución es *exógena* y puede variar en el corto plazo solo en un entorno relativamente reducido. Dado este carácter exógeno del salario, las grandes devaluaciones son incapaces por sí mismas para corregir el desequilibrio externo *secular*⁸ y, por ende, el tipo de cambio no puede ir tan lejos como requiere la teoría ortodoxa para equilibrar, *vía precios*, el sector externo.⁹

Así, son las ventajas *absolutas* de costos (y no las comparativas) las que prevalecen en la realidad. En este marco, el equilibrio externo es recuperado por una vía distinta a la presupuesta en la teoría convencional. Aunque una devaluación progrese, las exportaciones no

⁷ Debe notarse que desde Sraffa (aunque también desde Marx) sabemos que esa proporcionalidad no es tal y que ya la divergencia entre precios de producción y cantidades de trabajo es *persistente*. Marx era conciente del problema aunque no pudo arribar a un resultado exacto, que recién será alcanzado por Sraffa (1960) sobre la base de principios más generales. En verdad este enfoque de la “proporcionalidad aproximada” resulta más emparentado con David Ricardo, quien sí toleraba tales “desvíos” (véase Serrano, 2006).

⁸ Más adelante se verá que esta afirmación no es equivalente a decir que las devaluaciones no puedan corregir *cualquier* desequilibrio.

⁹ En línea con el pensamiento de los economistas clásicos, Diamand sostenía que “La presión social que siempre existe para lograr el aumento de los salarios reales se multiplica muchas veces cuando significa oponerse a las medidas que pretenden bajarlos. Psicológicamente, el nivel ya alcanzado por los salarios reales se convierte en un standard ‘normal’ de referencia y su disminución se siente como un atentado contra los derechos adquiridos. Por ello, mientras para el pensamiento económico el salario real es una variable de ajuste, para la sociedad moderna la preservación del salario real es un objetivo fundamental” (Diamand, 1977, p.11).

responden tan elásticamente como se supone. Las importaciones, a su vez, son en buena medida imprescindibles. Los salarios reales caen aparentemente sin límite. En tal contexto algo debe ceder. Finalmente el límite aparece, pero no merced al “*efecto precio*” sino al “*efecto ingreso*”: se reduce la demanda agregada, caen las importaciones y se contrae la demanda de divisas. El equilibrio se alcanza cuando la recesión es de una profundidad suficiente para adecuar la demanda de divisas a su restringido nivel.

Esta restricción externa al crecimiento (tal como es tratada en los trabajos de la segunda etapa de Kaldor y su continuidad y desarrollo en Thirlwall, así como también lo hicieron Prebisch y en Argentina Diamand y Canitrot) no aparece como un problema central en Shaikh, presumiblemente por su escasa convicción sobre el rol de la demanda efectiva como factor dinámico en el proceso de crecimiento. Quizás por estas razones la aplicación de las ideas de Shaikh en Argentina no ha sido particularmente fructífera ¹⁰.

Aplicado a Argentina, el enfoque de Shaikh no da cuenta de la evidencia empírica: no aparece una explicación que vincule los postulados de la teoría en el largo plazo con los movimientos *efectivos* del tipo de cambio. Más bien, el enfoque parece haber sido utilizado para sugerir la incapacidad de tal o cual gobierno para sostener “artificialmente” *un cierto nivel* de tipo de cambio (apreciado o devaluado), cuando a nivel empírico eso ocurre por lapsos aproximados de una década... ¡desde hace varias décadas!

La idea misma de que el tipo de cambio real efectivo *ajusta* según la evolución de los salarios normales y la productividad, y de que “gravita” en torno a tales *fundamentals*, y que por ende existiría una suerte de *neutralidad* de la política cambiaria, choca con toda la evidencia econométrica reciente que, especialmente en los países subdesarrollados, muestra que el tipo de cambio influye en el ritmo y la estabilidad del crecimiento. Estudios recientes (por ejemplo, López y Cruz, 1999, basados en el esquema de Kaldor-Thirlwall) revelaron que, a contramano de la postulada neutralidad de la política cambiaria, “durante 1965-1996 la elasticidad del PIB

¹⁰ Por ejemplo, Féliz (2007) sorprendentemente, encuentra que el tipo de cambio real “de equilibrio” en los años 90 *siguió la tendencia opuesta* al tipo de cambio efectivo, verificando un “enorme incremento en el tipo de cambio real de largo plazo”. La paradoja es que el tipo de cambio “de equilibrio” (estimado en base a costos de trabajo) se “desconecta” demasiado tiempo del tipo de cambio real *efectivo*. Así, tal enfoque termina por subestimar y despreciar el hecho de que existía un *feroz atraso cambiario real* (sobrevaluación del peso). Para Féliz la diferencia cambiaria (costos en pesos o en dólares) resulta ficticia o despreciable. Se limita a señalar que en los años 90 los costos laborales (en pesos) caían y concluye que el tipo de cambio era “muy alto” (el peso depreciado!), sin importar que *los costos en dólares crecían al mismo ritmo*. Como en Shaikh, esto es coherente con un enfoque donde el rol de la demanda agregada se reduce, a lo sumo, a introducir alguna que otra perturbación cíclica (pero donde, a la larga, persiste la neutralidad del dinero).

respecto al TCR es positiva en los casos de Argentina, Colombia y México, y negativa para Brasil. Por tanto, *sí influye en el ritmo y la estabilidad del crecimiento económico*".¹¹

No es difícil intuir que, finalmente, el tipo de cambio pueda influir indirectamente en el nivel de productividad a través del tiempo. Por tanto, los movimientos de corto plazo en las variables efectivas serán factores decisivos en la construcción de la *tendencia* (la productividad) que Shaikh asume como "determinante" de las variables efectivas.¹² Como se explicó, el tipo de cambio real efectivo no puede, en cada período, distanciarse *ad infinitum* del nivel medio de productividad relativa de la economía. Pero sí puede, en un cierto entorno, influir de modo indirecto sobre la productividad, lo que destaca la *no neutralidad* y el rol activo de la política cambiaria y monetaria, mucho más en países con una predisposición de origen a recaer en la denominada "enfermedad holandesa".

El enfoque de que el tipo de cambio efectivo *sigue* ciertos *fundamentals* estructurales, es en realidad víctima de una *ilusión óptica*. El único modo en que el tipo de cambio real efectivo puede incidir en el crecimiento y la productividad es actuando en determinadas condiciones estructurales que son *datos* en el corto plazo. Siendo así, nunca puede apartarse demasiado de "los elementos estructurales". Por ende, es natural encontrar que a largo plazo haya una convergencia aproximada entre costos reales (productividad) y tipo de cambio real, pero esto no dice nada de la *causalidad* involucrada.

Existen terrenos más fértiles para discutir la cuestión cambiaria, poniendo en primer plano la *no neutralidad* de la política monetaria, por ende sus efectos reales y sus implicancias distributivas (ver, por ejemplo, Pivetti, 1992). Análogamente a la tasa de interés (y como contraparte de ésta), el tipo de cambio real emergería así como la resultante de una *combinación de fuerzas institucionales y restricciones económicas*, fluctuante según el tiempo y el lugar, sin seguir un *fundamental* predeterminado y asumiendo connotaciones propias de una variable *distributiva*.

Al respecto, en las últimas décadas se señaló el "desalineamiento" (*misalignment*) de la tasa de interés real vigente en los países latinoamericanos como un resultado inesperado de la globalización financiera¹³. Las tasas de interés en los países "emergentes", que debían

¹¹ Desde diversos enfoques, incluso ortodoxos, varios trabajos recientes muestran que las tasas de crecimiento de distintos países estuvieron correlacionadas con el balance en cuenta corriente (crecieron más los que menos déficit o más superávit tuvieron) y con el tipo de cambio real. Véase Rodrik, 2007; Eichengreen, 2007; y Prasad, Rajan y Subramanian, 2006.

¹² "En realidad, la tendencia de largo plazo no es sino un componente que cambia lentamente de un encadenamiento de situaciones de corto plazo: no tiene ninguna entidad independiente" (Kalecki, 1968, cap.XV, p.187).

¹³ Ver Frenkel, R. (2004). "Right" Prices for Interest and Exchange Rates", incluido en Reconsidering the Washington Consensus, Edited by Jan Joost Teunissen and Age Akkerman, FONDAD.

converger con las vigentes en el mundo desarrollado, han sido en los países subdesarrollados *sistemáticamente más altas*. Las graves “distorsiones” en la tasa de interés se relacionaron con los procesos de apreciación cambiaria, inducidos por los ciclos de ingreso de capitales y por la aplicación de los programas neoliberales, que llevaron a una tendencia de balance de pagos y a una dinámica de endeudamiento insostenibles. Esta situación *subordinó* la política monetaria a la excluyente tarea de atraer capitales.

De allí que este “desalineamiento” persistente (*tanto* de la tasa real de interés como de los tipos de cambio), vigente en la etapa neoliberal, sea una *clave explicativa central* de los procesos de regresión económica, bajo crecimiento y abrupta desigualdad distributiva. Como corolario, el análisis de la sección que sigue, al revisar la experiencia argentina, intentará mostrar los posibles escollos que enfrenta una estrategia con pretensiones de inclusión social destinada a “corregir” ese “desalineamiento”.

4. Supermultiplicador y exportaciones: el caso argentino

En los últimos cincuenta años los diversos gobiernos no lograron superar las restricciones al crecimiento derivadas del atraso estructural de la capacidad de importar. Esto derivó en una dinámica recurrente de *stop and go* que aún hoy explica la persistente volatilidad del producto y el empleo. La convertibilidad tuvo una “novedad” en este sendero cíclico al mostrar la factibilidad de un modelo *liderado por la deuda*, dando lugar a *un nuevo populismo* basado en el retraso cambiario, aunque ahora de cuño ortodoxo y conservador, con características bien diferentes de su precedente peronista asentado en las clases populares (ver Bresser-Pereira. L.C. & Nakano, Y. 2003).

Tras la devaluación de 2002, las prioridades del gobierno de Kirchner se desplazaron rápidamente del equilibrio externo hacia el equilibrio interno: fundamentalmente el crecimiento de la producción y el empleo. Entre 2003 y 2007 el PBI creció a una media del 8.8 % anual y el desempleo se redujo del 25% en el 2002 al 8,4% en el primer trimestre del 2008. Los salarios reales se expandieron con rezago, aunque la masa salarial creció significativamente. La expansión no terminó en crisis externa merced a los favorables términos de intercambio y sobre todo a los profundos cambios en el sector agropecuario.¹⁴

Sin embargo, la performance agropecuaria no puede ocultar el inédito desempeño industrial. Las exportaciones de manufacturas de origen industrial (MOI) aumentaron en cantidad a una

¹⁴ “En los setenta años que van de 1900 hasta 1970 la producción cerealera y oleaginosa no superó los 20 millones de toneladas. En la década del 70 aumentó a 25 millones, en la del 80 a 35 millones y en la del 90 a 45 millones de toneladas. En el 2007/8 se espera una cosecha no soñada de 94 millones de toneladas” (Brodersohn, 2008).

tasa anual media del 12% desde 2002 y superaron en dinamismo a todos los rubros agregados de ventas externas. En 2007 las MOI totalizaron 17.309 millones de dólares, contra 19.130 millones de MOA (manufacturas de origen agropecuario) y 12.628 millones de exportaciones de productos primarios. El impacto del factor precios se concentró en los bienes primarios y en las MOA, y los más beneficiados por el “viento de cola” fueron la soja y el girasol, mientras en las MOI los precios se elevaron menos del 3% en 2007. Este impacto diferencial de los precios sobre los rubros de exportación hace que se pierda de vista el dinamismo de las exportaciones fabriles y contribuye a que se siga sosteniendo erróneamente que el país “solo” exporta soja (véase Schvarzer et al. 2008).

Esta experiencia contrasta abiertamente con la toda la historia previa. Desde 1945 Argentina tuvo 21 fases cíclicas contando la crisis de 2001. La *tendencia* en las seis décadas fue decepcionante (2,3% anual promedio ó 0,8% anual per capita), nunca sosteniéndose en niveles mayores a 4% de crecimiento medio anual con excepción de los años 60. Esta perspectiva de largo plazo revela la *novedad incontrastable* del proceso abierto en 2002.

El crecimiento de largo plazo puede explicarse, en general, mediante un enfoque clásico-keynesiano, donde la interacción multiplicador-acelerador da cuenta de la *tendencia* de crecimiento de largo plazo, asignando un rol clave a los gastos autónomos. La variación en los componentes exógenos de la demanda agregada (consumo capitalista, gasto público, exportaciones, innovaciones, etc), conduce a una adaptación de la capacidad productiva a la demanda a través de cambios en el grado de utilización, en un contexto donde la distribución es exógena.

El mecanismo descrito no presupone una *magnitud* ni una *tasa* predeterminada de crecimiento. Más bien, explica un *hecho estilizado* de las economías modernas: la convergencia, en un plazo largo, entre capacidad productiva y demanda (Serrano, 1996; De Juan, 2005; Bortis, 2004). De este modo, “deviene posible que una parte considerable de las diferencias en las *tasas* de crecimiento entre países industrializados pueda ser explicado por *diferencias en el grado de utilización de la capacidad*, siendo estas últimas, al menos en parte, explicadas por diferencias en los estímulos a un alto nivel de utilización de la capacidad *proveniente de la demanda efectiva*” (Petri, 2003, pág. 405, énfasis agregado).

Se destacan así los factores *no económicos* (políticos, institucionales) que intervienen decisivamente en el ritmo y las características del proceso de acumulación. En este marco, la obturación periódica del mecanismo del supermultiplicador puede provenir de diversas fuentes. Una de ellas puede ser las formas de resolución del conflicto distributivo. Por ejemplo, el régimen de convertibilidad que imperó en Argentina en los años 90 fue un modo

brutal de reprimir el conflicto distributivo que se manifestaba en la vertiginosa espiral de precios y salarios que condujo a la hiperinflación en 1989 y 1990. Tal esquema fue un ejemplo extremo de una solución “contractiva” a la inflación por puja distributiva. Asimismo, la restricción externa es otro de los escollos que usualmente interfieren en la interacción multiplicador-acelerador y obliga a reducir en nivel del producto, menguando la tasa de crecimiento de largo plazo.

Estos factores determinan un correlato de estímulos (o frenos) a la demanda efectiva y contribuyen decisivamente a dar forma a las *fluctuaciones* económicas, que en diversas coyunturas pueden reconocer un origen *predominantemente* político (ver Kalecki, 1943). De tal modo, el *sendero efectivo* de ajuste de la capacidad productiva a la demanda va a presentar diferencias marcadas entre países y épocas, y es materia de investigación específica. Así, en la etapa reciente en Argentina, las exportaciones parecen emerger como el componente de demanda autónoma crucial para el crecimiento de largo plazo. Un primer test econométrico del modelo del supermultiplicador basado en Serrano (1996, 2007) para Argentina, en el lapso 1970-2007, muestra que “el crecimiento de las exportaciones como componente de la demanda, tiene un importante papel causal del crecimiento del producto”. Además, “existiendo cointegración, se establece un vínculo entre exportaciones y PBI a largo plazo, por lo que una variable es explicativa de la otra”, aunque no aparecen los mismos vínculos entre el consumo no asalariado y el gasto público con el PIB en la etapa bajo análisis (véase Fiorito, 2008).¹⁵

5. El ciclo argentino actual: de Diamand a Goodwin

Tal resultado contribuye a explicar los dilemas actuales de la economía argentina. El proceso expansivo registrado desde 2002 tuvo como rasgo clave a las políticas monetarias y cambiarias *diferenciales* respecto de los años noventa, en particular el rol del tipo de cambio real prevaleciente en la etapa (véase Frenkel y Rapetti, 2008, Curia, 2008). La idea central era sostener un tipo de cambio real alto (moneda doméstica depreciada) como *locomotora* del crecimiento vía la expansión del sector de bienes transables y el resultante relajamiento de la

¹⁵ Fiorito agrega: “La variable gasto público no causa en el sentido de Granger al PBI y el consumo no asalariado causa y es causado por el PBI, por lo que el modelo VEC de corrección de errores muestra un solo coeficiente positivo, el de exportaciones dentro de la ecuación de cointegración en el cuadro 1”. Presumiblemente, en el lapso 1970-2007, el gasto público no haya sido un factor importante del gasto autónomo agregado. De hecho, el gasto estatal fue brutalmente ajustado a partir de 1976 al tiempo que una parte importante se destinaba al pago de intereses de la deuda. De hecho, adoptó en buena parte de la etapa un comportamiento pro-cíclico incluso hasta 2006, donde la política fiscal fue contractiva, generando en los últimos años inéditos niveles de superávits.

restricción de divisas. Sin embargo, la persistente inflación va deteriorando el tipo de cambio real, al tiempo que acentúa el conflicto distributivo. En medio de las tensiones distributivas inherentes al modelo, y ante el intento oficial de aumentar las retenciones “móviles” a las exportaciones agrícolas (especialmente de soja), explota la protesta agropecuaria, cuyo trasfondo es el conflicto distributivo más amplio entre asalariados, empresarios industriales y acreedores externos (Amico, 2008b). En el marco de este conflicto *reaparece* la amenaza del viejo “péndulo argentino” que refería el economista argentino Marcelo Diamand (véase Curia, 2008).

El objetivo de una mayor inclusión social por el canal de un mayor nivel de empleo, merced al tipo de cambio competitivo, aparece como contradictorio *con el sostenimiento mismo* de la paridad cambiaria real debido al ajuste salarial que, tarde o temprano, sigue a la reducción paulatina del desempleo. Las modificaciones drásticas en el mercado laboral en los noventa debilitaron en extremo la capacidad de resistencia salarial a la devaluación de 2002 y permitieron que el ajuste cambiario fuera “exitoso”, derivando en el proceso posterior. Pero solo parecen haber introducido un *rezago* en el ajuste salarial inherente.

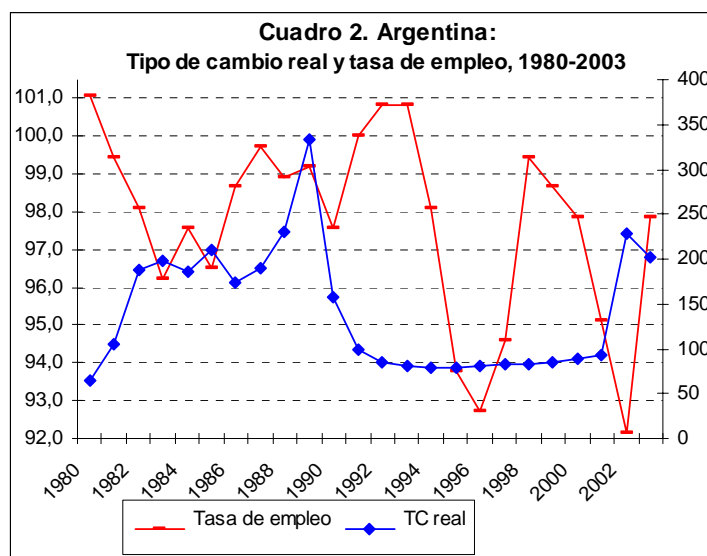
De allí que el ciclo pendular, como fue descrito por Diamand, *podría seguir intacto*, aunque modificando su *amplitud y duración*. El agravamiento del conflicto distributivo –con su efecto inflacionario vía costos y su alcance corrosivo de la competitividad–, le sería entonces *inherente*. A su vez, la aceleración inflacionaria originada en el ajuste cambiario se ve estimulada por el propio proceso de crecimiento, ya que la expansión fortalece a los actores en conflicto (empresarios y sindicatos) y amplía los límites que impone al *pass-through* una situación recesiva¹⁶.

En este marco, la evidencia empírica en el caso argentino revela un sendero de expansión *a-la-Goodwin*, con el empleo y el tipo de cambio real ocupando los roles del *depredador* y la *presa*, algo que es compatible con la noción del “péndulo” de Diamand¹⁷. Ciertamente, tal movimiento no tiene nada que ver con una “restauración” del equilibrio, sino que es resultado de *un ciclo de tipo distributivo-devaluatorio* y su análisis pone de relieve los escollos que enfrenta en Argentina *cualquier estrategia alternativa de crecimiento y desarrollo con pretensiones de inclusión social*. Emerge así (ver cuadro 1) un sendero fluctuante que articula

¹⁶ En particular, el margen cambiario real obtenido con la devaluación permite que salarios y precios industriales crezcan al amparo de la mayor protección derivada del tipo de cambio, aunque a costa de “consumir” el nivel de paridad cambiaria real.

¹⁷ Este tipo de modelos fue usado por Goodwin (1967) para explicar la dinámica cíclica salarios reales-empleo implícita en una curva de Phillips real y en la idea del ejército de reserva de Marx como mecanismo de moderación salarial. En Goodwin, el crecimiento salarial “depreda” los beneficios (que se invierten íntegramente, Ley de Say mediante) y por tanto, “depreda” la tasa de empleo. En este trabajo, es el aumento de la tasa de empleo (y el ajuste salarial que le sigue) lo que “depreda” el tipo de cambio real.

y ajusta el proceso de acumulación, con el conflicto distributivo y la dinámica de la restricción externa a través de dos variables claves: la tasa de empleo (o de desempleo) y el tipo de cambio real.



Fuente: Elaboración propia en base a datos de Frenkel (2003), Indec y Ministerio de Economía.

El cuadro muestra *tres etapas* en la relación simbiótica entre tasa de empleo y tipo de cambio, 1983-89, 1991-2001, y la fase abierta en 2002. El rasgo distintivo de cada etapa es una diversa articulación de políticas monetarias y cambiarias, con un tipo específico de régimen salarial. Emerge así una tendencia en los regímenes de *tenor inclusivo* (1983-1989 y del 2002 al presente) donde la tasa de empleo “depreda” el tipo de cambio real, hasta el punto de socavar o revertir la expansión. Una clave es que las fases de auge, como se explicó, conducen a aumentos del empleo y recomponen gradualmente el poder de negociación de los trabajadores, derivando en el ajuste salarial¹⁸. Dado que los empresarios tienden a preservar sus *markup*, la recuperación salarial va impactando en los costos y se traslada a precios. Si los intentos de recuperación salarial persisten, el proceso se manifiesta en una inflación persistente. Diamand señalaba el error muy difundido de atribuir la inflación a un “exceso de demanda” ocasionado por la mayor liquidez. En cambio, percibía que si el nivel de utilización se ubicaba por debajo del potencial, el aumento de liquidez antes que generar “exceso de demanda” solo ensanchaba dicha demanda para reactivar a pleno el aparato productivo.¹⁹ La inflación aparece claramente asociada a la *puja por los ingresos*. En suma,

¹⁸ La recuperación del poder de negociación de los asalariados *no sigue* automáticamente a la baja del desempleo. Pero la salida de la recesión parece una *condición necesaria* para la recomposición de la capacidad de negociación de los asalariados. Véase Setterfield, 2007.

¹⁹ Diamand parecía coincidir con la afirmación Keynes, quien concedía que al llegar al pleno empleo “cobraba vigencia el paradigma clásico” (en el sentido de Keynes), según el cual la expansión estaría restringida por oferta.

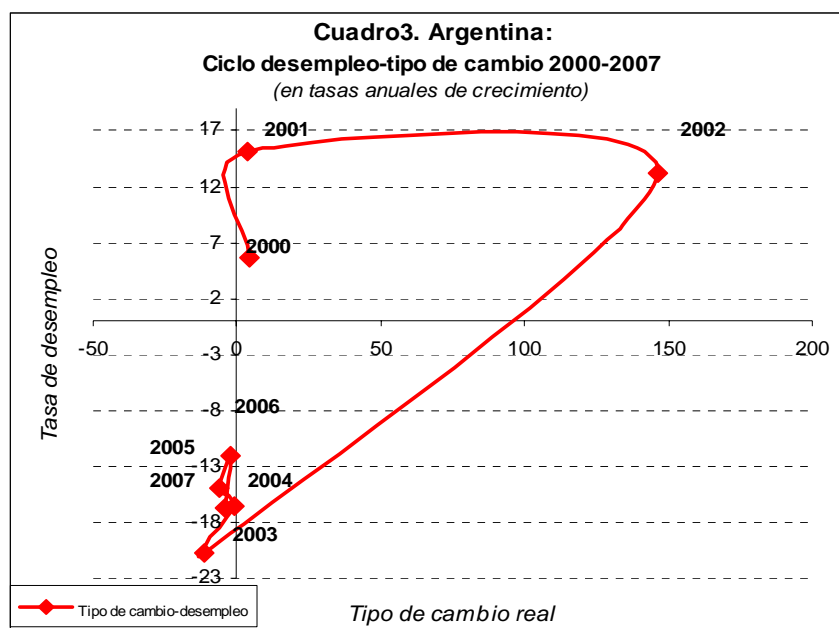
“El efecto inflacionario de los aumentos de liquidez se debe a que reactivan y a que la reactivación como tal *hace que se pierda el efecto de freno sobre los precios y salarios que tiene la recesión* (...) “Esto significa que en vez de culpar al exceso de liquidez por la inflación hay que atribuir la culpa por ella *a la puja por los ingresos y movilizar los esfuerzos por desactivarla*” (Diamand, 1988, p.54, énfasis agregado).

Luego, la inflación resultante deteriora la paridad cambiaria real induciendo un creciente deterioro del balance comercial. Dependiendo de diversos factores (balance de fuerzas sociales, liquidez internacional, nivel de reservas de divisas, etc), el proceso puede prolongarse bastante tiempo. La creciente apreciación cambiaria, si es sostenida como en los noventa, somete al aparato productivo a un destructivo *shock* importador e induce desempleo, constituyendo una forma efectiva y brutal de reprimir el conflicto distributivo y sofocar la persistente inflación.

En esta dinámica *a la Goodwin*, la devaluación de 2002 introdujo un rasgo distintivo: mientras en las últimas cuatro décadas el costo inflacionario de los procesos de redistribución del ingreso impuesto por las grandes devaluaciones fue muy elevado (merced a la alta resistencia salarial), en el 2002 el costo inflacionario fue inusualmente bajo a expensas del exiguo salario real resultante. Luego, el “péndulo” oscila hasta recomponer el balance externo y entonces recrea las condiciones para estimular nuevamente la demanda agregada vía política monetaria y fiscal, y el proceso recomienza: hay suficientes “presas” (margen cambiario real y por ende alivio de divisas) para que vuelva a expandirse la demanda agregada y a crecer el empleo.

De este modo, parece que librado a su dinámica “espontánea” el régimen tiende a describir un ciclo distributivo-devaluatorio que siembra dudas sobre las perspectivas futuras del crecimiento argentino. El gráfico ilustra *con evidencia empírica* la dinámica cíclica aludida. La relación entre tasas de crecimiento del desempleo y del tipo de cambio (competitividad) describen un ciclo *goodwiniano* en una dirección que, *de no mediar correcciones severas*, parece conducir a una reversión de los factores claves de la expansión.

Sin embargo, es difícil (sino imposible) hallar en los numerosos trabajos de Diamand sobre el caso argentino algún momento o etapa donde advirtiera o se “topara” con el “caso clásico”, es decir, donde encontrara restricciones al crecimiento “por el lado de la oferta”.



Fuente: Elaboración propia en base a datos de Frenkel (2003), Indec y Ministerio de Economía. .

El Cuadro 3 ilustra el nudo que restringe las posibilidades de expansión de la economía Argentina: el conflicto entre el crecimiento, la superación del estrangulamiento externo y la dinámica salarial, fenómeno que el gráfico exhibe nitidamente *como una serpiente que se muerde su propia cola*. La expansión que pone en marcha el ajuste cambiario, es erosionada en sus propias bases (la competitividad) por un fenómeno de inflación persistente que nada tiene que ver con un “exceso de demanda”, sino que tiene origen cambiario y se despliega a través de la puja distributiva entre trabajadores y empresarios. De modo análogo a Goodwin, donde “la mejora de la rentabilidad lleva la semilla de su propia destrucción” (Goodwin, 1967), aquí la mejora de la paridad cambiaria (por ende, de la competitividad), desata fuerzas que tienden a socavar el proceso, en un tipo de conflicto análogo al observado por Goodwin, es decir, un conflicto inherente a la relación simbiótica (complementaria y antagónica) entre trabajadores y capitalistas, aunque ahora en condiciones de una economía abierta, cuyo crecimiento es liderado por demanda y con las restricciones impuestas por la tradicional heterogeneidad estructural argentina.²⁰ La condición para la superación de este dilema es una

²⁰ En la literatura vinculada al enfoque de Kaldor-Thirlwall de crecimiento restringido por divisas, una dinámica similar a la descrita puede hallarse formalizada en Pugno (1998). Mucho antes, sobre una base ortodoxa, Korkman (1978) formalizó un modelo similar para explicar los ciclos (prácticamente decenales) desatados en Finlandia a raíz de las frecuentes devaluaciones. Respecto de los modelos tipo Marx-Bauer-Goodwin, Petri observa que brindan una explicación atractiva a primera vista, “pero una explicación mecánica de este tipo no da cuenta de los desvíos, históricamente observados, en la capacidad del desempleo para afectar el aumento de los salarios reales; y además tal explicación asume la Ley de Say, o al menos que más altas tasas de ganancia significarán más inversión, algo que es aceptado por muchos economistas marxistas pero que está lejos de ser solidamente establecido” (véase Petri, 2003, p.407).

combinación de instrumentos *más sofisticada* de la que provee *por sí solo* el mercado y de aquella que se ha utilizado en los últimos años, lo que supone una clara conciencia del *rumbo estratégico adoptado*, de los escollos a superar y requiere, finalmente, una enorme acumulación de fuerza política para *sostenerlo*.

5. La inflación argentina y la doble fractura del mercado laboral

5.1- El núcleo de la inflación argentina

En la interpretación ortodoxa, la inflación es generalmente explicada por “exceso de demanda”. Economistas de sesgo heterodoxo han adjudicado efectos inflacionarios al veloz ritmo de expansión monetaria (Frenkel & Rapetti, 2007). En este marco, los límites de la política de esterilización del Banco Central mostrarían la “tensión” de la política monetaria entre el objetivo cambiario y el inflacionario. De allí la justificación para “enfriar” el crecimiento de la demanda como forma de frenar la aceleración de la tasa de inflación.

Sin embargo, también han existido periodos de bajo crecimiento o recesión con alta inflación, en general las etapas que suceden a las grandes devaluaciones, revelando la presencia de otras causas. ¿Por qué la inflación actual debería entonces ser “de demanda” sin mayor argumentación? Como se mencionó antes, si los aumentos de liquidez se producen en un marco donde existe capacidad ociosa, tales aumentos potencian el alza de la producción más que aumentar los precios. De hecho, existe margen de capacidad ociosa (se está usando alrededor del 74% en promedio de la capacidad instalada) fruto en buena medida de inversiones realizadas entre 2005 y 2007. ¿Por qué no pensar que los empresarios responderán a la mayor liquidez y por ende a la mayor demanda aumentando la producción y, a la larga, la inversión?²¹.

Una versión extremadamente simple del supermultiplicador puede ayudar a clarificar lo dicho.²² Sean:

$$Y = C + I + B \quad (1)$$

$$C = C_a + cY \quad (2)$$

$$I = v(d + g^e)Y \quad (3)$$

²¹ “El crecimiento de la capacidad productiva en 2007 representa una aceleración respecto de los años anteriores (...) Si bien en los primeros años la expansión de la producción se basó en una mayor utilización del stock de capital preexistente, en el 2007 la misma se basó casi en su totalidad en la maduración de las inversiones” (Schvarzer et al 2008).

²² Esta versión se obtiene de Cesaratto et al 2003. Para una versión del modelo con economía abierta, ver Serrano & Willcox, 2000.

Ca = consumo autónomo de los capitalistas

B = gastos autónomos de los capitalistas relacionados con la producción (en general, R&D)

c = propensión marginal a consumir

I = inversión

v = relación técnica capital-producto

d = coeficiente de depreciación

g^e = tasa de crecimiento esperado de la demanda.

La economía es cerrada y sin gobierno. Según (3), toda inversión es inducida por la demanda a través de un acelerador flexible, donde una parte de la inversión es neta y otra parte se destina a la reposición del capital depreciado. Se supone que los trabajadores no ahorran y que toda la masa salarial retorna a la economía como fuente de demanda, lo que es captado por el coeficiente “c”. Sustituyendo (3) y (2) en (1):

$$Y = [(Ca + B) / 1 - c - v (d + g^e)] \quad (4)$$

Llamando Z a los componentes autónomos de la demanda, $Z = Ca + B$, y llamando s a la propensión marginal a ahorrar, $(1 - c)$, tenemos:

$$Y = Z \cdot \frac{1}{1 - s(d + g^e)} \quad (5)$$

Esta ecuación es la expresión del supermultiplicador. Donde Z (los componentes autónomos de la demanda agregada) es lo que es “supermultiplicado” por $1 - s(d + g^e)$ que es el “supermultiplicador”. Así, el nivel de producto en el largo plazo depende directamente del nivel de los gastos autónomos. La tendencia de largo plazo de crecimiento de la demanda también será dada por la tendencia de los gastos autónomos.

En el contexto de esta interacción entre multiplicador y acelerador, si la demanda de carácter autónomo (gasto público, exportaciones o gastos improductivos) crece muy rápido y esto, a su vez, debido a los altos niveles de utilización a los que conduce, induce una tasa de inversión muy alta, es probable que en *el corto plazo* la oferta (producción) no pueda acompañar el ritmo de crecimiento de la demanda agregada y se genere entonces un mecanismo inflacionario de “ahorro forzoso”. Dado que el mecanismo del supermultiplicador en el largo plazo hace tender la tasa de crecimiento del ingreso (g) a la tasa de crecimiento de gastos autónomos (z), surge que $z < \frac{s}{v}$ es la condición para que el crecimiento se mantenga respondiendo a los estímulos de la demanda. De modo intuitivo, si la economía sobrepasa ese límite, esto implica que la tasa de crecimiento del gasto agregado (consumo e inversión) es

sistemáticamente más alta que la tasa a la que se forma la nueva capacidad productiva. La evidencia disponible muestra que no es el caso actual de la Argentina.²³

La inflación actual en Argentina parece vinculada más con el empuje de costos (asociado con el ajuste cambiario) y con el conflicto distributivo. Supongamos que los precios de la economía argentina se forman del siguiente modo:

$$P_i = (W + I) \cdot (1 + m) \quad (1)$$

Donde P_i es el precio final de los productos industriales o no transables, W es el salario nominal, I son los insumos intermedios y materias primas (nacionales e importados) que usa la industria y m es el margen de beneficio²⁴. Además, definimos:

$$P_a = (P_f - R_e) \cdot TC_n \quad (2)$$

Donde P_a es el precio de los bienes agropecuarios o exportables (carne, soja, girasol, trigo, leche, aunque también una creciente gama de bienes industriales), P_f es el precio internacional de esos mismos bienes, TC_n es el tipo de cambio nominal (pesos x dólar) y $(P_f - R_e)$ es el precio internacional neto de retenciones (impuestos a la exportación). Con este esquema sencillo se pueden ilustrar algunos rasgos del funcionamiento de la inflación argentina tras la devaluación del 2002.

En principio, el ajuste cambiario opera por dos vías. Provoca un alza de P_a por el aumento del TC_n , ya que el aumento del tipo de cambio es superior a las retenciones y se traslada a los exportables de consumo doméstico (alimentos). Por otro lado, encarece los insumos importados (aumenta los costos) y provoca la suba de P_i . Dado el desempleo y la recesión, esta suba de precios encuentra escasa resistencia salarial y se traduce en una abrupta caída del salario real. Esta caída, a su vez, redundará en un alza de los *mark-up* efectivos y de la renta percibida por el sector agropecuario. Asimismo, el margen incluye un porcentaje de amortización de los bienes de capital que, como son mayormente importados, se revalúa con el ajuste del tipo de cambio.

En un segundo momento, los mayores niveles de empleo posibilitan la recuperación de la capacidad de negociación de los asalariados. Los salarios comienzan lentamente a recuperar el

²³ Los resultados preliminares de Fiorito (2008) muestran que el ritmo de crecimiento de los componentes autónomos de la demanda agregada se ubica bien por debajo del límite señalado, excepto para 2002 donde las exportaciones dan un salto pronunciado.

²⁴ Para una discusión sobre la relación entre *mark-up* y tasa de beneficio ver Pivetti, 1992.

terreno perdido. Luego de un tiempo, tales aumentos salariales reducen los altos márgenes de beneficio que habían subido con la devaluación hasta que éstos se tornan rígidos. A partir de allí los precios (P_i) aumentan inmediatamente en proporción al aumento salarial dentro de los costos. Más tarde, sigue una onda de flujo y reflujo por toda la estructura económica, puesto que, a su vez, parte de los insumos incluyen costos salariales y así sucesivamente.

En buena medida, el ritmo y el tipo de inflación dependerá de la fuerza relativa de cada grupo social dentro de la economía. El proceso puede desatarse por baja de las retenciones, por ajuste del tipo de cambio, por suba del *markup* o por aumentos nominales de salarios. La inflación sobreviene cuando esta puja por el excedente se generaliza a través del alza salarial nominal y deviene *inconsistente* con el ingreso generado. En el caso específico de Argentina, la inflación tiene un origen cambiario con su consecuente impacto sobre los costos, especialmente salariales. Es el resultado, en primer lugar, del alza inusual del precio internacional de los alimentos que, justamente, son el tipo de productos que exporta Argentina y cuyo aumento se traslada al mercado interno. Además, dada su rentabilidad diferencial, la explotación de la soja desplaza a las restantes actividades agropecuarias generando estancamiento de las otras producciones de “bienes-salario”. La persistente inflación es el costo de exportar exactamente lo que consumen las clases populares. Por eso mismo, los intentos de redistribución de ingresos por la vía exclusiva del alza del salario nominal están condenados al fracaso.

5.2- La fractura interna del mercado laboral

Existe un elemento adicional. Los datos oficiales del primer trimestre del año muestran que, al interior del mercado de trabajo formal privado, el 50% de la masa salarial total era apropiada por el 20% de los trabajadores mejor remunerados, con sueldos promedio de 6 mil pesos o más (algo más de 1.900 dólares). Este es el sector realmente alcanzado por los aumentos salariales pactados por los sindicatos de la Confederación General del Trabajo (CGT) con el gobierno. Tal esquema de negociación salarial consolidó una fuerte tendencia hacia la fragmentación de los asalariados y una distancia cada vez mayor entre diversos grupos de trabajadores.²⁵

Como contracara, el 30% de los trabajadores formales privados que se ubican en la *base* de la pirámide de remuneraciones formales, recibía salarios promedio de 750 pesos mensuales, por

²⁵ Este resultado amplifica y consolida la desigualdad social. Así, la brecha salarial entre quienes trabajan en blanco y en negro se amplió en más de 40% desde la crisis de 2001.

debajo del valor de la línea de la pobreza calculada por los organismos oficiales. Debe recordarse que estos son trabajadores formales (alrededor de un millón y medio), sobre los cuáles el modelo macroeconómico vigente derrama apenas el 9,8% de la masa salarial privada formal total. Además, esto no tiene en cuenta los aproximadamente 5 millones de trabajadores en negro, cuyos niveles salariales son iguales o menores.

En suma, estos datos hablan de los profundos cambios en el mercado de trabajo en Argentina en los últimos treinta años. En los años setenta existía un mercado de trabajo relativamente homogéneo con apenas 15% de informalidad y sin salarios por debajo de la línea de pobreza, en tanto el desempleo apenas afectaba al 6% de la población metropolitana, según datos oficiales de mayo de 1974. Hoy nada de eso queda en pie. Tras cinco años de crecimiento a tasas de 8,5% promedio anual, y pese a los notables descensos de los niveles de pobreza e indigencia (inducidos fundamentalmente por la caída de la tasa de desempleo a partir de 2003) la creciente *heterogeneidad laboral* es uno de los principales obstáculos para una mejora distributiva real. Por supuesto, la alta tasa de informalidad consolida *la primera fractura* en la homogeneidad del mercado de trabajo. Pero, como observó Artemio López, es menos conocida y estudiada la *segunda gran fractura* que se profundizó en los últimos años: la heterogeneidad creciente al interior del mercado formalizado o de trabajadores en blanco.

La reducción del desempleo y la reapertura de las paritarias permitieron el ajuste de los salarios “en blanco”, especialmente de ese próspero 20 por ciento de la cúspide. Considerando la rigidez de los *markup*, cabe entonces preguntarse acerca de quién paga *en verdad* los aumentos salariales de esa franja de asalariados formales. Es muy probable, en el actual contexto, que las subas salariales conquistadas por éste sector hayan devenido, por la vía de mayores costos, en aumentos de precios impactando luego en la erosión de los ingresos de los sectores de asalariados formales menos privilegiados y de los grupos informales. *Paradójicamente, los aumentos salariales de la cúspide del sector formal habrían sido pagados, vía mayor inflación, por los trabajadores (formales e informales) de menores ingresos.*

Es imprescindible, por ende, replantear la mirada dominante sobre el mercado de trabajo actual que atribuye la heterogeneidad salarial casi exclusivamente a la condición de formalidad. Este es un motivo adicional para reafirmar que, en los marcos de la economía argentina actual, la redistribución del ingreso a favor de los asalariados por la vía de aumentos nominales de salarios solo es factible por periodos acotados en el tiempo. Esta discusión tiene una importancia central puesto que hay vastos sectores que reducen toda posible estrategia económica alternativa a la redistribución de ingresos mediante al alza salarial. En una ironía

cruel, dicha actitud atenta inadvertidamente contra la paridad cambiaria real (a través de una mayor inflación), impactando a la larga contra el nivel de empleo y traduciéndose en un menor salario real, es decir, arribando a un resultado final exactamente opuesto al buscado.

En este contexto específico, una redistribución del ingreso a favor de los asalariados solo puede ser resultado de una decisión de Estado que logre “disciplinar” a los empresarios y sindicatos mediante un plan que involucre metas explícitas de distribución del excedente entre salarios, ganancias e impuestos. Como sugería Abba Lerner en un texto tan breve como notable (Lerner, 1947), “el dilema solo puede ser resuelto mediante la acción del gobierno sobre la determinación tanto de los salarios monetarios como de las tasas de markup”, “canjeando” menores márgenes empresarios (por ende, mayores salarios reales) por una mayor masa de ganancias resultante de mayores ventas. Lerner preveía que seguramente una medida así sería denunciada como un ataque contra los trabajadores. Sin embargo, si este camino es rechazado, los intentos de mejorar los salarios mediante los métodos tradicionales resultarán impotentes sin una acción específica del Estado en esa dirección.²⁶ Sin esa orientación estratégica, persistirá una tendencia historicamente depresiva del nivel de los salarios reales, aún cuando en el proceso se alternen alzas y bajas parciales y esporádicas. Del mismo modo que ocurrió con las grandes devaluaciones (1975, 1981, 1989, 2002), un nuevo ajuste cambiario terminará imponiéndose, consolidando una tendencia general declinante del salario real producto del tenaz debilitamiento de la capacidad de negociación de los trabajadores que arrancó hace ya treinta años.

6. Observaciones finales

La política cambiaria fue un elemento *decisivo* en el proceso abierto en 2002 y *será un eje clave* en la formulación de *toda estrategia alternativa al neoliberalismo*. En el marco de una economía restringida por divisas, el tipo de cambio competitivo es una condición *necesaria* para sustentar *cualquier* estrategia de crecimiento con inclusión social y redistribución progresiva de los ingresos. Los resultados económicos y sociales de esta etapa revelan las *potencialidades* que las políticas monetarias y cambiarias adoptadas desde 2002 tienen para la construcción de una estrategia antineoliberal. Más aún si se considera el *altísimo nivel de improvisación* y la *falta de rumbo estratégico* con que fueron implementadas.

²⁶ Otra objeción, más débil aún, es la no-neutralidad del Estado en el conflicto social. Esta es ciertamente una visión abstracta: en los años 50 en Argentina el Estado *no era neutral* y por eso mismo fueron *ciertas* políticas impulsadas *desde el Estado* las que mejoraron el salario real en Argentina fijando un patrón de referencia histórico bien alto en el contexto de América Latina. Algo análogo puede decirse de los países industrializados en la Edad de Oro del capitalismo.

Lo anterior no significa sostener que las grandes devaluaciones sean la solución del crecimiento argentino. Simplemente, se reafirma el hecho de que es imposible sostener la *neutralidad* de la política cambiaria en un país con clara propensión a sufrir variantes de la “enfermedad holandesa”. Por ello, la política económica no puede tolerar la apreciación cambiaria si se aspira a un crecimiento sostenido y es entonces necesario introducir devaluaciones *correctivas* como modo de evitar las grandes devaluaciones *forzadas* que son una confesión implícita de la derrota del proceso expansivo. Obviamente esto requiere un Estado fuerte para arbitrar y “civilizar” los movimientos nominales de salarios y márgenes empresarios a fines de contener el proceso inflacionario.

En verdad, los logros de la etapa reciente descansaron excesivamente en las virtudes del manejo cambiario casi *como único instrumento*, algo que ahora muestra sus límites. Por sí solo, tal esquema no parece estar en condiciones de resistir la presión endógena (y montada sobre ésta, la presión política ortodoxa) que tiende a socavar todo el proceso. La acumulación de reservas destinada a sostener el tipo de cambio alto se revela como un instrumento poderoso pero *insuficiente* para consolidar el esquema. En suma, las referencias al carácter *market friendly* del “tipo de cambio real alto” (Frenkel, 2008), dada la supuesta virtud del esquema por su baja necesidad de intervención y administración, sería paradójicamente *una de sus debilidades principales*. El margen para ser *amigable* es muy escaso, más aún si se pretende en serio una perdurable mejora en el nivel de producto y una distribución más igualitaria.

Por ello, el esquema requiere aumentos sustanciales de productividad y demanda una verdadera *estrategia de desarrollo* que estuvo y está ausente, en particular profundizando la inversión pública en infraestructura y en áreas sociales, así como en ciencia y tecnología. En suma, requiere que los costos salariales en dólares se mantengan competitivos, al tiempo que los salarios en pesos puedan subir en términos reales. Esto solo puede obtenerse por una doble vía: mejorando la productividad del sector que produce bienes-salario y, al mismo tiempo, *disociando* los precios domésticos de los bienes-salario de sus respectivos precios internacionales mediante el desdoblamiento de los tipos de cambio efectivos. En caso contrario, la expansión económica que sigue a cada crisis, tarde o temprano terminará describiendo fatalmente el mismo ciclo *a-la-goodwin* que se describió en este *paper*, como si la economía estuviera retornando constantemente al mismo punto de partida.

Finalmente, la etapa 2002-2008 en Argentina se revela como un inmenso “laboratorio” donde tuvo lugar un *primer ensayo*, primitivo e improvisado, de superación de las políticas neoliberales vigentes desde hace más de una década. Con independencia de su evolución futura, la experiencia de estos cinco años ofrece elementos clave para entender el

funcionamiento renovado del ciclo argentino y por ende para formular políticas y estrategias alternativas coherentes con los intereses populares. La configuración estructural de Argentina sitúa a la necesidad de la reindustrialización y a la promesa del desarrollo en un camino del tipo de *filo de la navaja*: requiere asumir ciertas políticas monetarias y cambiarias específicas que articulen el crecimiento y la expansión de la demanda agregada con el equilibrio externo, y preserven a éste de las esperables (e inherentes) presiones distributivas. Es altamente improbable que este proceso pueda ser “coordinado” por la *mano invisible* del mercado y, por ende, debe ser *liderado por el Estado*, sea cual sea la forma política que el proceso finalmente adopte.

Referencias:

Amico, F. (2008a).- “Argentina: diferencias entre el actual modelo de dólar alto y la convertibilidad”, Investigación Económica, abril-junio, año/vol. LXVII, número 264, Universidad Nacional Autónoma de México, Distrito Federal, México, pp.63-93.

Amico, F. (2008b).- “Inflação, salários e lucros Outra vez esta velha maldição argentina”, 5 de junio de 2008, Coletivo Crítica Econômica (<http://criticaeconomica.wordpress.com/>).

Bresser-Pereira. L.C. & Nakano, Y. 2003. “Economic growth with foreign savings?, III Conferencia Internacional de la Red de Estudios sobre el Desarrollo Celso Furtado, 25 de agosto de 2003.

Brodersohn, M. 2008. “Frente a la Oportunidad Internacional más Excepcional de la Historia Argentina”, Econométrica S.A, Economic Research and Forecasts, junio de 2008.

Canitrot A. (1975).- “La experiencia populista de redistribución de ingresos”, Desarrollo Económico, Vol.XV, Nro.59, 1975.

Cenda (2007). “La trayectoria de las ganancias después de la devaluación: la “caja negra” del crecimiento argentino”, Notas de la economía argentina, Edición 04, Diciembre 2007.

Curia, E. (2008). “El péndulo argentino. ¿Hacia una recidiva?. Pensando en Marcelo Diamand”, Centro de Análisis Social y Económico, Abril de 2008.

De Juan, O. (2005). "Paths of accumulation and growth. Towards a keynesian long-period theory of output", *Review of Political Economy*, Volume 17, Number 2, 231–252, April 2005.

Diamand, M. (1978). "Towards a change in the economic paradigm through the experience of developing countries", *Journal of Development Economics* 5 (1978) 19-53.

Diamand, M. (1988).- "Hacia la superación de las restricciones al crecimiento económico argentino", CERES (Centro de Estudios de la Realidad Económica) y CONICET.

Eichengreen, B. (2007). *The Real Exchange Rate and Economic Growth*, University of California, Berkeley, March 2007.

Féiz, M. (2007).- "A Note on Argentina, Its Crisis, and the Theory of Exchange Rate Determination", *Review of Radical Political Economics*, 39: 80-99.

Fiorito, A. (2008). "Crecimiento heterodoxo, distribución exógena y restricción externa", Universidad Nacional de Luján, mimeo.

Frenkel, R. & Rapetti, M. (2008). "Five Years of Competitive and Stable Real Exchange Rate in Argentina, 2002-2007", *International Review of Applied Economics*, Vol. 22, 2, 215-226.

Frenkel, R. (2003). "Tipo de cambio real y empleo en Argentina, Brasil, Chile y México", Trabajo preparado para el G24.

Garegnani, P. & Palumbo, A. (1998). "Accumulation of Capital", in H. Kurz and N. Salvadori, *The Elgar Companion to Classical Political Economy*, Elgar, London, 1998.

Goodwin, R. (1967). "A Growth Cycle", publicado en C.H. Feinstein, ed (1967): *Socialism, Capitalism and Economic Growth. Essays presented to Maurice Dobb*, Cambridge, Cambridge University Press, pgs. (54-58).

Korkman, S. (1978).- *The Devaluation Cycle*, *Oxford Economic Papers*, New Series, Vol. 30, No. 3. (Nov., 1978), pp. 357-366.

Krugman, P. & Taylor, L. (1978). "Contractionary effects of devaluation", *Journal of International Economics* 8 (1978) 445-456.

Lerner, A. (1947). "Money as a Creature of the State", *The American Economic Review*, Vol. 37, No. 2, Papers and Proceedings of the Fifty-ninth Annual Meeting of the American Economic Association. (May, 1947), pp. 312-317.

López-Gallardo., J. y Cruz, A. (1999). "Crecimiento económico y tipo de cambio real: un análisis de cointegración para América Latina", *Momento Económico*, No. 102, marzo-abril, 23-33. (1999).

López Gallardo, J. & Perrotini, I. (2006).- On floating exchange rates, currency depreciation and effective demand, *BNL Quarterly Review*, vol. LIX, no. 238, September 2006, pp. 221-42.

Petri, F. (2003). "A 'raffian' critique of general equilibrium theory, and the classical-keynesian alternative", incluido en "General equilibrium. Problems and prospects", Edited by Petri, F. & Hahn, F., Routledge, London and New York, 2003.

Pivetti, M. (1992).- *An Essay on Money and Distribution* (Basingstoke, Macmillan).

Prasad, E., Rajan, R., and Subramanian, A. (2006). *Foreign Capital and Economic Growth*, Research Department, IMF, August 30, 2006.

Pugno, M. (1998). The stability of Thirlwall's model of economic growth and the balance of payments constraint, *Journal of Post Keynesian Economics*, Summer 1998, Vol.20, Nro 4.

Rodrik, D. (2007). "The Real Exchange Rate and Economic Growth, Theory and Evidence", Harvard University, Cambridge, MA 02138, August 2007.

Schvarzer, J. et al. 2008.- "La actividad productiva en 2007. Un crecimiento que se consolida en distintos ámbitos", *Cespa, Notas de coyuntura*, Nro 24, Facultad de Ciencias Económicas, UBA, abril de 2008.

Serrano, F. (1996).- The Sraffian Supermultiplier. Tesis de doctorado. Universidad de Cambridge.

Serrano, F. (2006). “Observaciones sobre la interpretacion sraffiana de la teoría del valor de marx”, seminarios sraffianos, Universidad Nacional de Luján, sede Buenos Aires, 1 de noviembre de 2006.

Serrano, F. & Freitas, F. (2007) El supermultiplicador sraffiano y el papel de la demanda efectiva en los modelos de crecimiento, *Circus 1, Revista argentina de Economía*, 2007, Buenos Aires, Argentina.

Setterfield, M. 2007. The rise, decline and rise of incomes policies in the US during the post-war era. An institutional-analytical explanation of inflation and the functional distribution of income, *Journal of Institutional Economics* (2007), 3: 2, 127–146.

Shaikh, A. & Antonopoulos, R. (1998). “Explaining Long Term Exchange Rate Behavior in the United and Japan”, Working Paper No. 250, The Jerome Levy Economics Institute of Bard College.

Shaikh, A. (1999). “Real Exchange Rates and the International Mobility of Capital”, Working Paper No. 265, March 1999, New School University.

Shaikh, A. (2003). “Globalization and the Myth of Free Trade”, prepared for the Conference on Globalization and the Myths of Free Trade, New School, NYC.